

Marta Bustos Góngora

CUANDO PERDÍ MIS OJOS MARRONES



Marta Bustos Góngora

**CUANDO PERDÍ
MIS OJOS
MARRONES**

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Marta Bustos Góngora, 2023

www.instagram.com/stuntmanmarta

www.tiktok.com/@stuntmanmarta_

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid

lunweg@lunweg.com

www.lunweg.com

www.instagram.com/lunweg

www.facebook.com/lunweg

www.twitter.com/Lunweglibros

Creación y realización: Lunweg, 2023

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 1.224-2023

ISBN: 978-84-19466-46-4

Impresión y encuadernación: Macrolibros

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PARTE 1



1

*Los restos de jabón más antiguos que se conocen son de origen babilonio y datan de 2800 a. C. La palabra jabón proviene del latín tardío *sapo-ōnis*, y este nombre, del germánico *saipôn*.*

Cuenta la leyenda que en la colina de Sapo, en Roma, se ofrecían como sacrificio cadáveres de animales para incinerarlos. Al derretirse la grasa y mezclarse con las cenizas de la madera, apareció una sustancia (onis) que resultó ser excelente para limpiar ropa, pues hacía una espuma que se llevaba la suciedad. En honor a la onis de Sapo, la reacción química entre una sustancia alcalina y una grasa se denomina «saponificación».

«Supongo que puedo matarla si me acerco sin hacer ningún movimiento brusco», pensé. Cerré con cuidado la pesada puerta oxidada que marcaba el inicio de aquellas estrechas y empinadas escaleras y me guardé las llaves de la moto en el bolsillo. Dejé el casco en el suelo polvoriento y comencé a subir sigilosamente. Ella se movió. Me paré en seco y respiré hondo; quería quitarme la chaqueta. El calor me invadía por la tensión, y las coderas y demás protecciones me volvían torpe. Se detuvo de nuevo y aproveché la oportunidad para abalanzarme sobre ella. Mis botas aplastaron su pequeño cuerpo produciendo un crujido nauseabundo.

Me quedé mirando a aquella cucaracha con repulsión. Nunca había sido una mujer aprensiva, pero saber que esos bichos habitaban en la entrada de mi diminuto apartamento me producía escalofríos. Bajé corriendo a por el casco y subí de nuevo para abrir el gran portón de madera que me daba la bienvenida al zulo que mi casera llamaba *loft* para justificar la desorbitada cantidad que me cobraba por aquel piso en un edificio infestado de cucarachas, como si ellas me ayudaran con el alquiler. Jamás hubiera dicho que aquellos seres convivirían en armonía con las *boutiques* del barrio de Sant Gervasi. Otro de los atractivos contrastes de la ciudad de Barcelona que no aparece en las guías turísticas.

Me quité las botas antes siquiera de poner un pie en mi apartamento y cerré con doble llave. Crucé los tres metros de pasillo hasta llegar al comedor, la habitación y la cocina, situados humildemente en el mismo espacio de veinte metros cuadrados. Oprimida por el calor de junio en

aquel piso sin apenas ventanas y sin aire acondicionado, me desnudé de inmediato para no desfallecer. Abrí la única puerta que había dentro de la vivienda, entré en la pequeña ducha y encendí el agua fría. Cogí la última pastilla de jabón de almendras que me quedaba e inhalé su tímido olor. Normalmente hacía jabones de glicerina, pero no podía personalizarlos tanto como quería, así que unos meses atrás me había decidido a fabricar mi primer jabón de aceite. Resultaba bastante sencillo: disolver la sosa en agua y, cuando la mezcla ya se hubiera enfriado, verter aceite.

La primera vez que hice jabón de aceite tuve que fundirlo todo para ajustar el pH, que estaba muy alto. Tras varias semanas esperando a que saponificara, ver un resultado tan poco satisfactorio fue desalentador. Lo arreglé con ácido cítrico y no quedó mal. Aquella segunda vez, sin embargo, reajusté la receta y me enamoré de mi jabón. Llevaba ya mucho tiempo sin comprar jabón, pasta de dientes, detergentes o cremas. El interés por elaborar mis propios productos nació cuando aprendí a leer las etiquetas de los artículos convencionales. Me escandalicé del precio tan elevado al que nos vendían veneno, así que aprendí a fabricar productos sanos por mi cuenta. Aquello me daba una sensación de libertad e independencia que ansiaba, ahogada por un mundo en el que no sabemos crear nada y nos lo dan todo hecho, con nuestro valioso tiempo como moneda de cambio.

Salí de la ducha sin saber si era agua o sudor lo que cubría mi cuerpo, me sequé —sin éxito, ya que había empezado a sudar de nuevo— y me puse la toalla en la cabeza. Di un par de pasos y me senté en una de las cuatro sillas plegables rojas que rodeaban la mesa cuadrada que separaba la cocina del comedor y de mi cama. Miré por la ventana y allí estaba mi vecino adolescente con la boca abierta contemplándome los pechos. Probablemente nunca había visto a una mujer como su madre la trajo al mundo. Ni a una mujer de veintidós años, como yo, ni a una de catorce, quince o veinte; lo más seguro era que nunca hubiera visto a una mujer desnuda sin más. Lo miré, amenazadora, para que apartara los ojos y, como no lo hacía, le sonreí mientras le dedicaba una peineta. No tenía cortinas y nunca me había molestado en ponerlas. La única ventana del apartamento era pequeña y las cortinas habrían tapado la poca luz que entraba. Solo esperaba que ese saco de hormonas andante no me hubiera grabado para terminar siendo parte del contenido de alguna asquerosa página web porno.

Suspiré y encendí un cigarro. Me quedé con la mirada perdida en las paredes de color amarillo que había pintado al llegar al piso para contrarrestar la escasez de luz. Fijé la vista en el gran mapamundi que tenía colgado encima de la cama, intentando localizar mi próximo destino. Observé la inestable estantería llena de libros que parecían preguntarme dónde los iba a meter ahora que me marchaba por un tiempo indefinido al otro lado del mundo. Me quedaban unos diez días y cuatro cajas de cartón para empacar mi vida. Tendría que deshacerme de mucha ropa y objetos absurdos que había ido acumulando. Pero ya que me iba quería empezar de cero, y cuantas más cosas conservara, más poder tendrían para poseerme. Miré el correo electrónico para confirmar los datos de mi vuelo: 11 de junio de 2018, cinco y once de la mañana. La precisión —a mi parecer, exagerada— del horario me hizo reír. Me tendría que pegar un buen madrugón, pero la última vez que había volado a Estados Unidos el horario había sido el mismo, y me había gustado. Viajar en el espacio-tiempo persiguiendo al sol, aguantar sin dormir durante el día y, con suerte, volver a salir victoriosa contra el desfase horario.

Mi plan era ir a California a ayudar a mi amigo Mike en su granja, pero David me había invitado a hacer una parada en Washington para que pasáramos unos días juntos y me enseñara su ciudad, de modo que sin pensarlo mucho había comprado mi billete a Seattle. No me sobraba el dinero, así que me quedaría en su apartamento, y quería llevarle algún regalo que pudiera apreciar. Lo pensé durante días antes de llegar a la conclusión de que le haría un jabón de lavanda y manteca de cacao, ya que mi amigo de ojos azules tenía una piel muy sensible que tendía a irritarse.

Aunque nadie de mi entorno pudiera creerlo, David y yo solo éramos amigos. Era una excelente persona, y guapo, pero no me sentía atraída por él. Mi miedo al compromiso seguía latente y ni siquiera abordaba la posibilidad de tener una relación. Estaba convencida de que jamás me casaría.

* * *

—Buenos días, cariño —le dije a David, y le besé la nariz.

—Buenos días, amor. Tienes que ver esto —dijo alcanzándome el teléfono.

—Espera, no llevo puestas las lentillas. —Me estiré a través de nuestra cama tamaño americano para coger mis gafas de la mesita de noche, y pude ver sus ojos azules perfectamente nítidos—. No sabes lo afortunado que eres.

—¿Por haberme casado contigo? —dijo David, jugueteón.

—No, por poder ver bien recién levantado. Yo no puedo distinguirte las pecas cuando abro los ojos por la mañana, todo está borroso. Las personas que usamos gafas tenemos que pagar para ver bien. —Suspiré mientras miraba a través de la empañada ventana hacia nuestro jardín delantero bañado por el rocío matutino—. Qué ganas tengo de hacerme la cirugía para quitarme las dioptrías...

—Marta, entiendo que quieras operarte..., pero estás preciosa con gafas.

—Bueno, pues no te acostumbres, porque del año que viene no pasa que me arregle la vista. Casi veinte años ya son muchos para despertarse viendo borroso día tras día.

Salí de la cama. Observé el cuerpo escultural de David, que se detuvo un instante intentando calcular la edad a la que comencé a llevar gafas.

—Espera, todavía no has visto lo que quería mostrarte.

—David, hoy voy a ayudar a Angela con su mudanza, ¿recuerdas? Dentro de veinte minutos pasa a recogerme, tengo que irme. Luego me lo enseñas —dije, escabulléndome de la habitación.

En el verano de 2018, mi parada en Washington se había alargado algo más de lo esperado. Perdí mi vuelo a California, donde estaba la granja de Mike, y más tarde dos conexiones a Los Ángeles y Costa Rica para salir a renovar mi visado. Me instalé en Seattle, y a los tres meses David y yo nos casamos tras habernos enamorado loca e inexplicablemente en cuatro días. En casi dos años, aprendí a escuchar, a cambiar de opinión y a entender la naturaleza metamórfica de las cosas. Bebí de todas las aguas de las que dije que jamás bebería, y no me ahogué por ello.

Con veinticuatro años, tenía una alianza de oro en mi dedo anular y había cambiado mi moto por una camioneta con las ventanas traseras rotas, Sant Gervasi —aunque yo soy de Terrassa— por West Seattle y mi loca vida de soltera por mi todavía más loca vida de casada. Se me hacía raro presentar a David como mi marido. No nos ajustábamos al despectivo cliché de las parejas casadas: éramos espontáneos, estábamos enamorados y cada sábado nuestra casa se llenaba de gente y de latas de

cerveza. Todavía no habíamos llegado al punto de que nos importara el color de nuestra sábana bajera o que la gente entrara en nuestra casa con o sin zapatos. Mi pánico al compromiso aparecía de vez en cuando, aunque ser consciente de que era por mi miedo al rechazo lo hacía más llevadero. David me amaba con locura y a mí todavía me costaba creermelo merecedora de aquel amor puro y genuino. Yo tenía planes y proyectos, pero intentaba no pensar demasiado en el futuro para que no me asaltara aquel vértigo. Por querer vivir y saborearlo todo de manera hiperbólica, me obsesionaba que el tiempo pasara y darme cuenta de que lo había perdido.

Me dirigí hacia el aseo con el tronado parqué crujiendo bajo mis pies descalzos. Oí un ruido en la bañera y al asomarme vi una cola naranja. No sabía si era *Rhett* o *Pili*, era incapaz de distinguir un gato del otro. Los cachorros eran gemelos y llevaban poco tiempo con nosotros, aunque nos acostumbramos rápidamente a su presencia. Cogí el cepillo de dientes de detrás del pequeño mueble que escondía el espejo y lo unté con mi pasta de dientes casera, que David adoraba por su eficacia contra el mal aliento. Escupí aquel mejunje con sabor a bicarbonato y aceite de coco, me puse las lentillas y me lavé la cara con mi jabón de limón, pues mi piel tenía tendencia a ponerse grasa. Me gustaba cuidarme, pero no era especialmente presumida: el único maquillaje que usaba era el rímel, para potenciar las largas pestañas de puntas rubias que enmarcaban mis redondos ojos marrones. Pero me gustaba observarme frente a aquel reflejo que delataba el paso del tiempo.

Ya aseada, salí de puntillas del baño para no despertar a Jeff —nuestro compañero de piso— y me dirigí a la cocina para hacerme una infusión y prepararme un termo de café para el resto de la jornada. Aunque normalmente más de dos cafés fueran demasiados para mí, aquel día los iba a necesitar para ayudar a Angela, una compañera del trabajo de la que me había hecho muy amiga, con la mudanza. Apoyada en el umbral de una puerta inexistente que separaba la cocina del comedor, sorbí mi infusión de tomillo, demasiado caliente para aquel calor de junio, y me quedé mirando las paredes que, tras pasar el primer invierno en aquella casa, habíamos pintado de amarillo. Me gustaba aquel color. También me gustaba Seattle, pero si habías crecido en un sitio tan soleado como España, era todo un reto no caer deprimida en invierno. La escasez de sol era el talón de Aquiles de aquella ciudad.

Tras oír el claxon de un coche me asomé por la ventana para confirmar que era Angela en su Ford Ranger. Me bebí la infusión de un trago, cogí mi riñonera y el termo de café, y salí a toda prisa. Al bajar el primer escalón del porche, una de las parras estilo enredadera que teníamos en la entrada de casa se me enganchó en el pelo y me dio un tirón. La rabia invadió mi cuerpo y, tras descender los cuatro escalones restantes, golpeé la ventana de nuestra habitación para llamar la atención de David. Para asegurarme de que me oía, pero también para desahogarme tras el tirón de pelo, grité:

—David, ¡hay que cortar esas vides, por favor! Está muy alto y yo no llego ni con la escalera... ¡Esto parece una selva!

—También deberíamos podar las hiedras, en breve devorarán la casa entera... Este fin de semana te prometo que lo hacemos.

Sacó su cabezota por la ventana para que me acercara y le diera un beso. Mientras recogía mi melena con reflejos rubios en un moño desmarañado para no sufrir otro ataque, puse los ojos en blanco —gesto que David odiaba— y, aprisa, salí hacia nuestra calle, la 30 Avenida Suroeste. Antes de cerrar la ventana, David gritó, divertido:

—¡Te quiero!

Volví a poner los ojos en blanco y le saqué la lengua. Yo no era mucho de procrastinar, y aquello me molestaba: solo hay una manera de hacer las cosas, y es... hacerlas.

Jeff entró en la cocina en calzoncillos y con su cabello pelirrojo revuelto. Abrió la nevera y se puso a beber a morro de un tetrabrik que apestaba a ese sirope al que los americanos llaman zumo.

—Guau, Jeff, tienes que oler esto —dijo David.

—¿Qué es? —preguntó él rascándose el trasero.

—Jabón de almendra, lo ha hecho Marta. También puedes usarlo para el pelo.

—Yo es que uso el champú de un dólar de Dollar Tree.

Jeff era capaz de escatimar en cualquier cosa para luego gastarse cinco dólares en una lata de garbanzos solo para utilizar el acuafaba —el líquido en el que se conservan este tipo de legumbres— para hacer cócteles. Dollar Tree es una cadena estadounidense en la que todo, absolutamente todo, está valorado en un dólar; impuestos aparte, eso

sí. Ahí puedes encontrar desde pegatinas de granos que se petan y test antidrogas hasta, cómo no, hamburguesas con queso congeladas.

—Por eso te vas a quedar calvo antes de sacarte el carné de conducir —bromeó David.

—Si me quedo calvo será porque no me ha tocado esa genética italiana de tener el nacimiento del pelo a dos dedos de la nariz. Y dudo que me saque el carné nunca. ¿Cómo se supone que voy a emborracharme al salir del trabajo si tengo que coger el coche para volver a casa? La carretera está mejor sin mí —dijo Jeff.

—Jeff, esa es probablemente la cosa con más sentido que jamás te he oído decir —intervine yo, y él miró divertido antes de volver a encerrarse en su habitación—. David, ¿puedes decirme cuántas botellas de aceite de caléndula quedan en mi caja?

—Una y media. ¿Qué vas a hacer con ellas? —preguntó.

—Quiero hacerle a tu hermano un jabón para pieles sensibles.

—¡Vale, vale, Queen! —David solía llamarme The Catalan Queen; era uno de sus muchos apodos cariñosos que hacían que me sonrojara cuando me los decía en público—. Marta, eres una artista, deberías vender esto.

—David, la cosmética natural es algo que ya se está explotando mucho, y me gusta utilizar ingredientes de calidad... Para sacar un beneficio tendría que vender los productos a un precio al que nadie me los compraría teniendo opciones como las de Dollar Tree. Capitalismo, *baby*. Lo he pensado a menudo, pero creo que simplemente me lo tomaré como un *hobby*. Seré la típica que cada Navidad llena el lavabo de toda la familia con jabones. Pero, cariño, qué feliz me hace que me digas esto... Gracias por pensar que tengo talento.

—Amor, no es que crea que tienes talento, es que lo tienes.

Añoraba esos veranos de prácticamente seis meses que tenemos en Barcelona, pero aquel final de primavera en Seattle nos estaba dejando un clima que me acercaba un poco a mi tierra. Hacía mucho calor para ser solo principios de junio. Tenía ganas de terminar mi última tanda de jabones para salir a relajarme y disfrutar del sol con David y Jeff. Estaban en el patio de atrás, lidiando con el calor en la piscina hinchable con la que nuestro estrambótico compañero de piso nos sorprendió un día al

llegar a casa —la había llenado de latas de Hard Seltzer, un refresco con alcohol—. Era 2020, y el restaurante en el que trabajaba estaba cerrado debido a las restricciones impuestas por los gobiernos, así que últimamente explotaba su creativo lado de barman en casa.

—Marta, ¿quieres un cóctel de acuafaba? —me preguntó.

—No, gracias. Pero en cuanto termine quizás acepte tu oferta.

«¿Salgo a hacer una pausa y me fumo un cigarro? —pensé—. No, mejor acabo primero, que estoy concentrada y así la recompensa será mayor.»

Estaba orgullosa de mi obra. Ese día hice una pequeña modificación en mi jabón para pieles grasas: había añadido unos copos de avena a la mezcla, y la textura le daría un toque exfoliante magnífico. Estaba impaciente por que macerara ya y poder ver el resultado al cabo de unas semanas. El jabón que me faltaba por hacer era uno totalmente diferente, especial para pieles sensibles. Se me había terminado el bote de sosa cáustica, así que tuve que desprecintar una nueva botella. Acababa de verter la sosa en el agua cuando David entró en la cocina.

—Marta, ¿qué día te vas a California? Lo digo para que nuestros billetes coincidan y así vayamos juntos al aeropuerto. Estoy comprando los vuelos para ir a Arizona a ver a unos amigos.

—Juraría que salgo el día quince, confírmalo en el calendario.

—Vale, perfecto. Por cierto, ¿necesitas algo? En cuanto compre los billetes iré al supermercado. Me hacen falta un par de cosas.

—No, cariño, gracias. El sábado ya haremos la compra grande de la semana, no te preocupes.

David se me acercó por detrás, me acarició el brazo hasta llegar a la silicona de los guantes que llevaba puestos y me dio un beso en la mejilla. Por debajo de mis sudorosas cejas podía leer en su cara una divertida expresión; le encantaba dedicarme PDA* justo en los momentos en que más ocupada me veía. Uno de los gatos (creo que era *Rhett*) se acercó y se metió entre nuestras piernas, mendigando también su dosis de amor.

—Cuidado. No toques nada hasta que termine de limpiarlo. Esto es extremadamente tóxico —le advertí señalando con mis largos guantes amarillos el bote de sosa.

* *Public displays of affection* («muestras de afecto en público»).

—¡Ostras!, solo con rozar el guante y rascarme la cara, me arde la zona en la que me he tocado.

—Ya te digo que es muy tóxico. Ve a lavarte con agua fría y no toques nada. Dentro de una hora, como mucho, habré terminado.

Cuando David salió de la cocina, introduje el termómetro en la mezcla. Todavía necesitaba enfriarse unos diez grados más, que con la escala Fahrenheit que estaba utilizando serían más bien unos cincuenta. Una vez frías el agua y la sosa cáustica, procedí a combinarlas con los aceites. Esa era la parte aburrida: mezclar hasta que se formara esa masa con la que luego podría ponerme creativa y añadir las fragancias, los colorantes o los aceites esenciales que quisiera.

Llevaba ya más de tres cuartos de hora trabajando el mejunje con la cuchara de madera y no lograba que quedara homogéneo. De hecho, estaba extrañamente líquido, teniendo en cuenta el rato que llevaba removiéndolo. «¿Habré olvidado echarle algo? No, no, no. Agua, sosa y aceite: fin. ¿Estará la sosa caducada o el aceite en mal estado?», me pregunté. Cansada ya, después de tanto tiempo mezclando de forma manual, decidí cambiar el líquido de recipiente y usar la batidora. Cuando empecé a batir, noté que aquel cacharro estaba cogiendo una temperatura alarmantemente alta. Las gafas se me estaban empañando con el calor y, como eran las que usaba David para trabajar con cemento, me iban algo grandes y bailaban ligeramente sobre mi nariz.

Un fuerte estruendo me sacó de mi estado de concentración y lo último que logré ver, aunque solo a medias, fue que el recipiente explotaba en la encimera y salía disparado hacia mi cara.

Lo siguiente que recuerdo es dolor.

God Save the Queen, Sex Pistols